



"GUADALCANAL"

Preston Foster • Lloyd Nolan • William Bendix • Richard Conte • Anthony Quinn



GUADALCANAL

Emocionante superproducción basada en el «Diario» del corresponsal de guerra
RICHARD TREGASKIS

Guión de
LAMAR TROTTI

Dirección
LEWIS SEYLER

Adaptación cinematográfica de
JERRY CADY

Productor
BRYAN FOY

Es un film



LA MARCA DE LOS MAMMOTH TROPHIES

Distribuido por
HISPANO FOX FILM, S. A. E. — Valencia, 280 — Barcelona

Principales intérpretes: **Preston Foster-Lloyd Nolan-William Bendix-Richard Conte-Anthony Quinn**

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

Números publicados: El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara - Tarzán y la Diosa - La quimera del oro - Hace un millón de años - El alegre bandolero - Texas - El hijo de la furia - La tía de Carlos. ¡Qué par de locos!

GUADALCANAL

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Domingo. 26 de julio de 1942. Un transporte de tropas de la Infantería de Marina norteamericana, escoltado por numerosos destructores, surcaba el Pacífico con rumbo desconocido. Sobre la cubierta, el sol iluminaba una escena abigarrada. Los soldados católicos oían misa, oficiada por el padre Donnelly, antiguo defensa del equipo de rugby de la Universidad católica de Nuestra Señora, mientras que el resto de los soldados se tostaba bajo los rayos solares, escribía, estaba tumbado o se divertía como mejor podía.

En la última cubierta, el coronel Grayson y los oficiales de su estado mayor descansaban con la misma tranquilidad que sus hombres, que en aquel instante relan, discutían y mataban el tiempo, sin preocuparse de cuál sería su destino.

Un grupo de soldados apoltonado en el centro del barco disputaba sobre si los "Yankees" ganarían el campeonato de rugby o no. La inmensa mayoría, capitaneada por el sargento Hook, se burlaba de Taxi, un corpulento hombrejón, defensor acérrimo de aquel equipo. El sargento era apoyado por Soose, el voluntario mejicano, por Butch, el cocinero, y por Chick, el benjamín del batallón, que sin poder soportar las burlas de Taxi quiso luchar a brazo partido con éste, a quien pusieron hecho una sopa los soldados cocargados de la limpieza.

Llegada la noche, la alegría continuó en los camarotes, pasando grandes apuros el sargento Hook para restablecer el silencio y hacerlos acostar como ordenaba el clarín. Por fin se durmieron. Y el domingo acabó así, en medio de la calma, aunque todos supieran que de un momento a otro conocerían su objetivo: alguna cabeza de puente en una isla japonesa en donde quizá les esperaba la muerte.

Los días pasaron monótonos, impacientadores. Una noche el padre Donnelly descubrió a Taxi practicando una sorprendente danza, vestido con su salvavidas y sus cartucheras. El hombrejón se quedó boquiabierto y avergonzado, pero, en cuanto tocaron una jiga irlandesa, el sacerdote se puso a bailar con él.

Una mañana, los soldados descubrieron en el horizonte unos barcos de guerra, de los que pronto se destacó una motora, conduciendo a un peisano a la cubierta del coronel. El recién llegado se presentó como el señor Weatherby, un australiano, que entregó al coronel un rollo de papeles.

Debían atacar, según las órdenes, los puntos de apoyo japoneses de Guadalcanal y Tulagi, islas del archipiélago de Salomón, siendo su objetivo principal el aeródromo de la primera isla. Weatherby, que poseía una plantación de copra en Guadalcanal, se encargó de explicar la situación y

el terreno sobre un mapa. Poco después, el sargento Hook leía a los soldados una orden anunciando que las operaciones empezarían el viernes 7 de agosto.

Mientras llegaba esta fecha, los soldados limpiaron sus armas, cargaron las cintas de las ametralladoras y cantaron, llenos de ardor, lo mismo que los oficiales, aguardando la ansiada fecha. El padre Donnelly se multiplicaba respondiendo a las más extravagantes preguntas... La tripulación se encontraba en buena forma.

7 de agosto. Los soldados estaban formados. Se apretaban los correajes, ponían a mano los utensilios más necesarios. Taxi sacó un rompecabezas de plomo y dió un golpe en el aire, pronunciándose usarlo adecuadamente contra los japoneses. En el fondo de todos los corazones había un gran nervosismo. Los labios estaban resecos, mientras los ojos escrutaban el horizonte, igual, azul, patisimo.

Poco a poco, una densa mancha fué creciendo en el horizonte. Era Guadalcanal. Cuando los buques de guerra estuvieron a una distancia adecuada, sus cañones de todos los calibres rompieron en fuego mortífero contra la costa, destruyendo las palmeras, levantando grandes nubes de tierra y de agua. Y siguieron disparando durante unas horas hasta que supusieron que ya no viviría ningún enemigo...

Entonces, los soldados recibieron la orden de desembarcar. En un santiamén los soldados norteamericanos saltaron a las motoras y se dirigieron hacia la playa, bajo los disparos de los cañones, con las rifles y las pistolas ametralladoras preparados. Cuando las embarcaciones frenaron su carrera, saltaron al agua los soldados y a una orden de Hook corrieron hacia la primera línea de palmeras. Y se pegaron al suelo esperando la llegada de los demás...

Así que todos hubieron desembarcado, el coronel Grayson mandó internarse en la selva. Como un solo hombre vo-

laron con las armas empuñadas hacia el interior. ¡Cuerpo a tierra! Todos los ojos escrutaron los bosques de árboles tropicales, vigilados desde lo alto por los aviones. ¡Nada! Silencio. Los corazones palpitaban ante esta tranquilidad, este misterio.

Chick, el padre Donnelly y el sargento Hook iban a la cabeza. Chick notó un movimiento en la copa de un árbol e hizo luego, derribando un coco. Todo seguía tranquilo, extrañamente pacífico. Reanudaron la carrera, echándose al suelo de vez en cuando y así llegaron al aeródromo, que estaba desierto... aparentemente. Se metieron entre los cobertizos, buscando al enemigo...

Taxi recibió un suato enorme cuando un compañero suyo le puso inesperadamente la mano en el hombro. Los japoneses habían dejado un gran botín. Armas, víveres, municiones, gasolina e incluso una hermosa bicicleta, que encontró el padre Donnelly, mientras el cocinero se hartaba de caviar, asustándole un compañero al decirle que bien pudiera envenenarse.

¡De repente tronó un tiro! Todos se parapetaron y apretaron los rifles. Y aparecieron unos marinos escoltando a unos indígenas, a los que habían tomado por enemigos y a quienes curaron inmediatamente.

A renglón seguido, como muestra de que habían conquistado el aeródromo, el coronel ordenó a Taxi y a Chick que arriaran la bandera japonesa, poniendo en su lugar una minúscula bandera norteamericana. Los dos soldados saludaron con entusiasmo al emblema de su valor.

Dominaban totalmente aquella parte de la isla. Por lo menos, así lo creían. Inesperadamente, Butch, el cocinero, se quedó horrorizado. Sonó un disparo y un descuidado soldado cayó de bruces, mientras los demás se tumbaban o se escondaban en las trincheras. El padre Donnelly puso una

mano en su pecho. ¡Había muerto! Se arrodilló y levantó la cabeza, rezando la oración de los difuntos. Después, el sacerdote, hizo la señal de la Cruz.

Entretanto, rompió a llover. Cayó la lluvia torrencial del trópico, calándoles, pero sin hacerles abandonar sus puestos. Los japoneses no habían huido, sino que les acechaban, desde lugares desconocidos, silenciosos, bien armados, decididos a entablar una guerra de emboscadas, de sorpresas, de lucha secreta y traicionera.

Llegó la noche. Los hombres estaban excitados por aquel misterio. Chick disparó una vez contra un grupo de plantas que había visto moverse, alarmándoles en vano, pues no había nada. Davis y Cross, los inseparables capitanes, vigilaban asimismo bajo la lluvia implacable. Sobre Taxi cayó un pedazo de palmera, haciéndole lanzar un rugido y luchar a brazo partido con ella, asustando a los demás.

¡Pero a pesar de su vigilancia, al amanecer encontraron muertos a varios centinelas!

Los días siguientes fueron dedicados a alisar el aeródromo, a construir almacenes y cobertizos, a arreglarlo todo para una larga estancia. Hook, Chick, Soose, Taxi, Butch y Tex ocuparon la misma tienda, al lado de la cual cavaron un pequeño refugio contra los bombardeos.

El capitán Davis tenía paludismo y esta fué la causa de que el capitán Cross fuera enviado por el coronel a una aldea, Matanikuu, en la que un prisionero aseguraba había una concentración de japoneses que se rendiría sin resistencia. Soose suplicó al capitán que le dejara ir con él, puesto que conocía la selva como a la palma de su mano, y lo consiguió sin mucho trabajo, pues era un soldado muy valiente y diestro.

La primera vez en que iban a luchar con los japoneses cara a cara, tuvo un mal principio. Cross y sus hombres

ocuparon dos lanchas motoras y zarparon hacia la aldea, ya que así ganaban tiempo y se fatigaban menos. Estaban en alta mar y lejos de la costa, cuando emergió un submarino e hizo fuego con su cañón de cubierta. Durante unos instantes, los disparos no acertaron, pero al fin fué alcanzada la motora superior que empezó a arder.

El capitán dió orden de esperar para trasbordar a sus tripulantes, a pesar de los amenazadores proyectiles que les habían tomado por blanco, y ya se preparaban a arrojarlos al agua, cuando el submarino fué descubierto por las baterías norteamericanas que, afinando la puntería, lo hundieron de un impacto en la popa.

Una vez desembarcados, Cross despidió a la gasolinera, pues estaba seguro de poder volver por tierra. Fué con un sargento, un soldado y el prisionero hacia el palmar, pero antes hizo que sus hombres cavaran unos agujeros, en que parapetarse, en la arena de la playa, en donde habían de esperar vigilando la selva.

El capitán, el cabo y el soldado, con el japonés, se adentraron en la maleza. Pero se descubrió la traición preparada. No se habían internado unos veinte metros en ella, cuando los japoneses escondidos dispararon sus fusiles y la ametralladora, matando al prisionero y al soldado, hiriendo al sargento y quedando sano y salvo el capitán, que, lleno de herido, cargó al herido, mientras sus hombres le cubrían las espaldas a tiro limpio.

Soose fué a recoger al soldado. Se inclinaba sobre el cadáver de éste, cuando dos japoneses se precipitaron sobre él. Hábilmente, esquivó al primero, derribó al segundo de un culatazo y mató a ambos con la bayoneta...

Pasaron dos días. Únicamente quedaban vivos en la playa el capitán Cross, Soose y un cabo. Cuando se decidieron a refugiarse entre las palmeras, tableteó la ametralladora en-

miga. El casco del capitán fué atravesado por un balazo, que perforó la fotografía de su esposa y dos hijos, que llevaba en el interior del casco, y le destruyó el cráneo, y el cabo cayó en redonda. Soose, el único superviviente, cogió la pistola ametralladora del capitán y detuvo a sus enemigos. Después, se apresuró a desnudarse para regresar a nada al aeródromo. Los japoneses le atacaron en masa y Soose los reifrenó con certeros disparos. Segundos más tarde, esquivando las balas, se hundía en las olas...

El coronel Grayson, informado por Soose de la hecatombe, decidió castigar a los japoneses de Matanikau, pero éstos les esperaban. Un gran grupo de americanos cruzó los bosques hasta que les hicieron fuego sus enemigos desde lo alto de los árboles, desde tierra, desde los lugares más insospechados. Echárnoslos los norteamericanos al suelo, escrutando la maleza. Luego, un grupo compacto de sus enemigos se dió a la fuga y empezó la batalla.

Las primeras filas fueron fácilmente deshechas. Soose cazó a un japonés subido en un árbol y lo remató vengando a Cross. Aquella era una lucha sin cuartel. Ambos bandos se destruían, sin perdonar a los heridos. Recibieron al fin la orden de detenerse y disparar hacia la playa. Chick, desde el tronco en que se había escondido, vió el cadáver de un oficial japonés con un hermoso sable al lado y lo quiso rogar, pero Hook se lo impidió.

Luego, Hook fué llamado por un tejano que, como cazaba las moscas al vuelo, mataba tranquilamente a numerosos enemigos y quería demostrarlo al sargento. Chick, al verasolo, corrió hacia el oficial japonés y se inclinó sobre el codiciado sable. El oficial japonés había simulado estar muerto y levantó su pistola; el muchacho le dió un culatazo, pero un contrincante le atravesó el pecho de un balazo

y el sargento, atraído por sus llamadas, llevó a su protegido al botiquín...

La batalla de Matanikau fué ganada por los americanos, así como las sucesivas, pero a costa de grandes bajas. Los que regresaban incólumes tenían que llevar a cuestras a sus compañeros heridos, los muertos se multiplicaban y, sin embargo, no disminuía ni el optimismo ni el valor de los soldados.

En el campamento norteamericano hubo dos grandes acontecimientos. El primero fué la llegada del ansiado correo. Todos comentaron sus cartas, rieron y lloraron, y algunos se entristecieron al no recibir nada. Chick se negó rotundamente a enseñar a Taxi la carta de una conquista, según decía, y disputaron un rato hasta que Hook intervino.

El segundo acontecimiento tuvo lugar cuando Taxi se estaba afeitando, Chick le pidió la navaja de afeitar y le señaló el primer pelo de su barba. Taxi llamó a sus amigos y les enseñó el pelo, luego, ni corto ni perezoso, le afeitó por el procedimiento de arrancarle el anhelado trofeo.

A continuación, aparecieron veintidós aviones japoneses. Todos se metieron en los refugios. Las bombas destruyeron las construcciones y cobertizos, levantando nubes de polvo, sembrando la destrucción. Cuando hubo pasado el peligro, Chick sangraba ligeramente por la nariz y el padre Donnelly le aconsejó que otra vez no se pegase tanto al suelo, contra el que había chocado, tranquilizándose el muchacho, que se creyera herido.

Cierta mañana, Chick estaba limpiando su fusil y fué el primero en ver llegar los rehenes. Mucho los necesitaban, porque la continua guerra de guerrillas diezmaaba sus filas. Una semana más tarde, mandados por el capitán Davis, y en compañía de unos veteranos, establecen una peligrosa lucha contra unos japoneses refugiados en unas cavernas.

Hook y Taxi, éste por su gran fuerza y habilidad gimnástica, fueron enviados a desalojarlos. Las bombas de tiempo surtieron su efecto, pero fue necesario que el capitán Davis inventara una bomba monstruo para acabar de destruir a los japoneses, que continuaban peleando desde el fondo de las cavernas.

Llegó la fecha ansiada: ¡el día del partido entre los Yankees y el equipo rival! Todo el campamento se apinó, en torno del aparato de radio, sirviendo de anhelo y de excitación. El locutor se extendió prolijamente sobre los preliminares y la formación del equipo y cuando iba a dar el resultado, el aparato se puso a carraspear, a hacer ruidos extraños, y... la información se había terminado así que el aparato volvió a sonar bien. De manera que la afición se quedó como antes, sin saber el estado del marcador.

Una noche, el centinela dió la voz de alarma. Los jefes y oficiales que estaban en la tienda levantaron la cabeza. Se oyó el silbar de los obuses, disparados desde la lejananza por barcos de guerra contrarios. Todos se dirigieron a los refugios. El puerto de Taxi fué el primero en entrar en él.

Durante horas y horas tronaron los cañones enviando la muerte. Los destructoros y las bajas eran considerables y fueron acrecentados por la aparición de los bombarderos pesados japoneses. Hook, Taxi, Chick y Soose esperaban con sus amigos la muerte en el refugio. Únicamente una casualidad podía salvarlos.

El padre Donnelly se unió a ellos. Las horas pasaban sin que amainara el peligro. Todos pensaron en sus vidas y comprendieron que no desaban ni la guerra ni las condecoraciones; sólo acabar de una vez y vivir tranquilos. Taxi fué el que expresó la opinión de todos cuando se puso a hablar del Ser Supremo que rige los destinos de los hombres.

Donnelly, como sacerdote y como hombre, comprendió

tan bien como sus amigos lo que el heróico soldado quería decir.

Por último amaneció y pudieron salir sin exponerse del refugio. El comentario, tras aquella incursión devastadora, aumentó de tamaño. El padre Donnelly se encargó de rezar el oficio de difuntos y pedir el eterno descanso de las almas de los muertos en el bombardeo. Entonces sonó un zumbido en el cielo. Erán más aviones, en cantidad inmensa. Hook estuvo a sus hombres, en el instante en que iban a ponerse a salvo, porque aquellos aeroplanos no eran del enemigo, ¡sino norteamericanos!

Aquella fué la primera noticia que tuvieron de la llegada de refuerzo. A continuación desembarcaron más tropas de Infantería de Marina, con numerosos tanques, aviones, gasolina y viveres. Taxi fué quien, al observar aquella abundancia, dió en el clavo. Aquello únicamente podía significar que se iba a entablar la batalla decisiva.

En efecto, el estado mayor norteamericano había decidido eliminar los diez mil japoneses que había en Guadalupe, destruir completamente su artillería pesada y establecer nuevas bases desde las que atacar a otros puntos de apoyo del enemigo. El ataque debía desencadenarse al día siguiente, el 10 de noviembre, 167 aniversario de la Infantería de Marina.

La noche anterior a la batalla, unos cantaban y jugaban, otros escribían a sus familias, quizá por última vez, y otros, finalmente, confesaban al padre Donnelly sus faltas para entrar en fuego con el espíritu limpio y sereno.

Se recibió nuevo correo, y a uno de los que la vez anterior no recibiera nada... le tuvieron que leer la anhelada carta, porque estaba ciego...

Los veteranos de Guadalupe, mientras los demás eran transportados en camiones, formaron una especie de escolta:

de los coronales y el general Vandegrift, que dirigía el combate. Los veteranos fueron situados en el punto más estratégico.

Apostados a orillas de un río, al otro lado del cual estaban los japoneses, esperaron el ataque de éstos. El enemigo no tardó en intentar vadear la corriente, haciendo alarides de valor suicida, pero fué barrido por los proyectiles de las ametralladoras y los rifles. Los morteros y cañones norteamericanos machacaron la ribera opuesta y, llegado el momento propicio, los veteranos saltaron al agua en primer lugar.

En un abrir y cerrar de ojos destruyeron los nidos de ametralladoras y disolvieron pequeños grupos, sorprendiendo a los japoneses emboscados y subidos en los árboles. La lucha adoptó proporciones gigantescas y vertiginosas, ya que la resistencia se endurecía sembrando el suelo de cadáveres. Entonces, aparecieron los tanques apoyando a la infantería, aplastando a los japoneses, talando los árboles, allanando el camino...

Davis y Hook condujeron a sus hombres a tal velocidad que no se detuvieron ni para disparar sus armas. Las pistolas ametralladoras, los fusiles y las bayonetas abrieron brechas, cazaban a los enemigos parapetados tras de los troncos, sin dar ni pedir cuartel.

Boose, impulsado por su odio, se había adelantado a los demás. Derribó a tres japoneses y recogió del suelo el cu-

chillo de uno de ellos, lanzándolo por los aires y clavándolo en la espalda de su dueño. Se estaba riendo de su habilidad, cuando una bala le atravesó el corazón.

Chick no se quedaba atrás. Un contrataque japonés le sorprendió y se tumbó en el suelo fingiéndose muerto, cerca del cuerpo de Soose. Casi todos sus amigos habían sido matados. Los japoneses le dieron por muerto y se alejaron. Entonces, rápido como el pensamiento, Chick cogió la pistola ametralladora de Soose y destruyó a los descuidados japoneses.

Taxi, que estaba tan tranquilo como si fuera de casa, y Hook hicieron saltar en pedazos a los servidores de una ametralladora y siguieron adelante. Ya estaban cerca de la playa; un japonés se quiso hacer fuerte en el hueco de un obús, pero el rompecabezas de Taxi hizo mérito a su nombre, partiéndole el cráneo de un salvaje golpe.

Los tanques y la infantería empujaron a los japoneses hasta el mar y siguieron disparando sobre su informe masa, que se retorció y encogió estrujada por la gigantesca diestra de la Muerte.

10 de diciembre de 1942. La misión de la Infantería de Marina estaba cumplida y los supervivientes se marchaban, siendo reemplazados por la Infantería Regular. Iban a disfrutar de un merecido descanso, puesto que habían cumplido su deber.

F I N



Los amigos caribios aún más, atraído por el padre Donnelly



Los soldados se tumbaban bajo los rayos solares, escribían, estaban tumbados o se divertían.



El padre Donnelly enseñaba a Tani practicando una sorprendente danza.



A una orden de Hook se retiraron hasta la primera línea de palmeras.



*Cómo un solo hombre volaron con las armas
empujadas hacia el interior.*



Chick, el padre Donnelly y el sargento Hook iban a la victoria.



Taxi recibió un auto enorme cuando un compañero auto.



*Uno indígena, a quienes habían tomado por enemigos
y a quienes curaban.*



Twot y Chick arriaron la bandera japonesa.



Los dos soldados estadounidenses están en el exterior de su campamento.



Dutch, el soldado, se quedó herido, pero inmediatamente con un disparo.



Se arrodilla y levanta la cabeza, buscando la gracia de los dioses.



Después, el sacerdote hizo la señal de la Cruz.



David y Cross, dos aceptables capitales, vigilaban.



Blank, Clark, Soave, Tarr, Hinch y Tres ocuparon la misma tienda.



Soave se apresuró a disimularse para regresar a nada al ser observado.



*Los japoneses se atacaron en masa y Sauro
los echó con ciertos disparos.*



Rehénense los portuqueses al suelo, sacando la mierda.



Trés que llevar a cuenta a los compañeros milicos.



El primer acontecimiento fue la llegada del enviado corea.



Uchik se negó rotundamente a entregar a Tati la carta.



Tati se estaba alejando.



Tati llamó a sus amigos y les enseñó el pelo.



Los bombas destruyeron las construcciones y edificios.



Chick estaba limpiando su rifle.



Toda el campamento se reunió en torno del aparato de radio.



Los jefes y oficiales que estaban en la tienda levantaron la cabeza.



Huck, Taxi, Chick y Scott esperaban con sus amigos la muerte en el refugio.



Contraaban al padre Durnelly sus faltas.



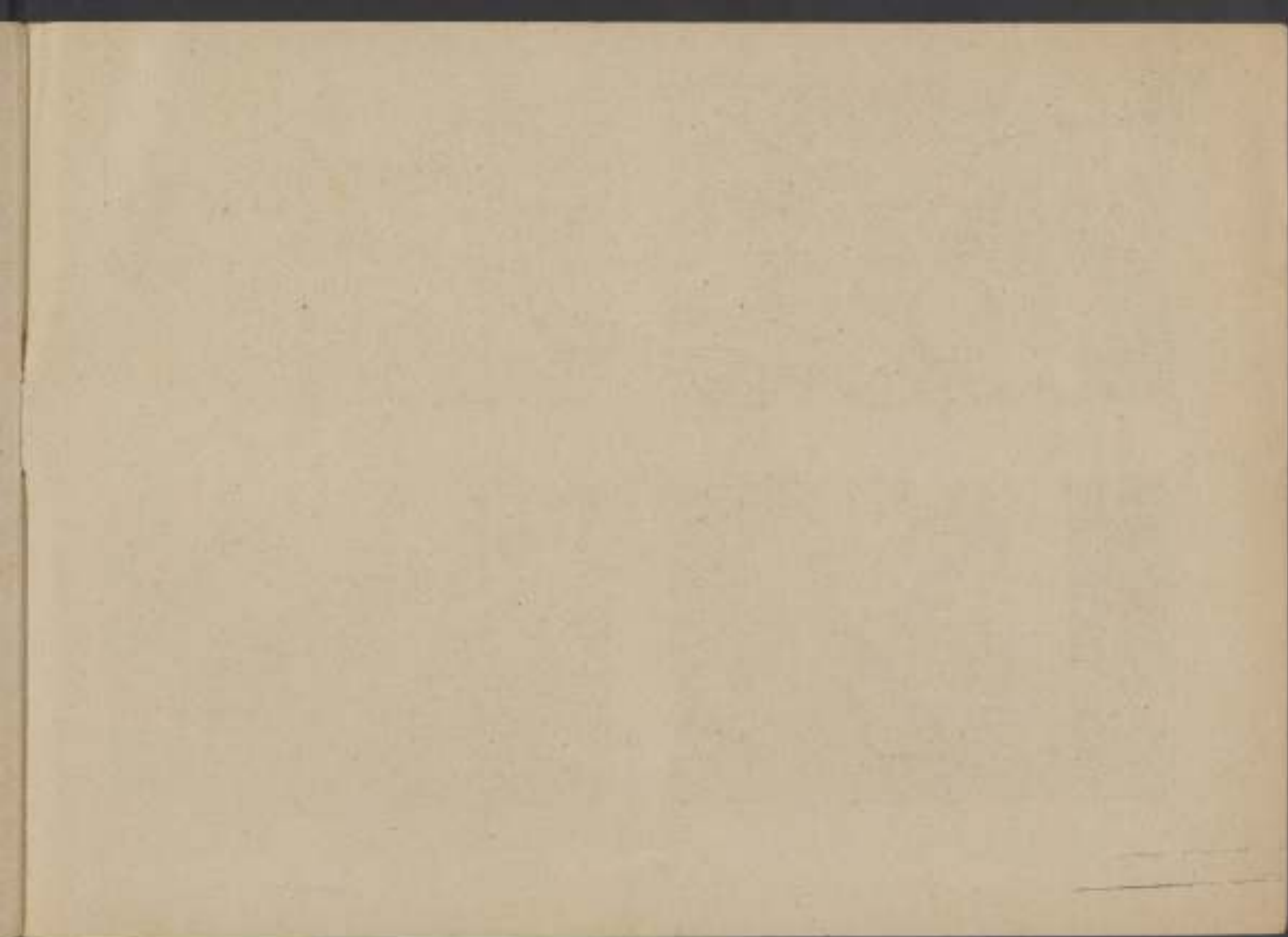
Kense, impulsado por su odio, se había adelantado a los demás.



Toni, que estaba tan tranquila como al fuera de casa...



Los supervivientes se marchaban, siendo acompañados por la Infantería Regular.





Colaborador: Juan M. PELICER

Murcia, 111-Teléfono 70133

Serie
"PELICULA GRAFICA"